ITINERARIOS DE LA SELVA

I'd be an Indian here, and live content
to fish, and hunt, and paddle my canoe,
and see my children grow, like young wild fawns,
in health of body and peace of mind,
rich without wealth, and happy without gold.
(A. R. Wallace: *Travels on the Amazon and Río Negro.)*

La selva, que juzgábamos definitivamente perdida para nuestro entendimiento, tan distante parece de nuestras modestas inquietudes urbanas, defendida de la civilización y de la técnica, la descubrimos ahora en las páginas de los diarios: su intimidad violada, sus misterios desvelados, la ecología en pánico. Se alargan, por florestas y valles, los límites del mundo civilizado. Y podemos decir que se escribe hoy, en la Amazonía, el más fascinante capítulo de la historia de la conquista y de la colonización de América. Es tiempo de epopeya. Los actuales conquistadores —*mateiros,* obreros humildes, constructores, colonos, baqueanos— responden, sin saberlo, tal vez, al llamado del espíritu de frontera —*the frontier mind*—, cuya importancia fue señalada por Frederick Jackson Turner en un ensayo clásico sobre los *pioneros* americanos.

Quien por primera vez ha visto en el valle amazónico una de las más extensas fronteras tropicales modernas fue Charles Wagley, en su libro *Una comunidad amazónica* (1). Las carreteras Belem-Brasilia, Transamazónica, Cuiabá-Santarem, Perimetral Norte crisman, con un risco negro de asfalto y piedra —larga cruz a dividir el mapa de Brasil— la exactitud de ese bautismo. Es la selva nuestra última frontera o, como querían Humboldt, Euclides da Cunha y José Éustasio Rivera, la última página inédita del *Génesis.*

Se debe advertir, y por muy justos principios, que a los portugueses, atentos a la defensa del territorio descubierto, no se les ha olvidado la necesidad de poblar para tornar legítima la posesión ni, tampoco, la obligación de colonizar para asegurar derechos. La Amazonia ha sido, nos lo recuerda la lección de la Historia, frontera omnipresente en los destinos de España y Portugal.

Francisco de Orellana (2), el primero en atravesar el «río-mar»,

---

(1) Charles Wagley: *Uma comunidad amazônica. Estudo do homem nos trópicos.* Trad., Sao Paulo, Companhia Editora Nacional Brasiliana, 1957, série 5.ª, vol. 290, p. 20.

(2) Sobre la expedición de Orellana, Bautista Ramusio: *Delle navigatione et viaggi in molti luoghi...* Venecia, 1554; Agustín de Zárate: *Historia del descubrimiento y de la conquista del Perú,* Madrid, 1886 (la primera edición es del siglo XVI); Francisco López de Gó-

en 1542, ha vinculado su nombre a la leyenda de las mujeres guerreras, extrañas habitantes de las orillas del río Caimé, al sur del Solimões, entre el Ucaiale y el Madeira. El encuentro del conquistador con la tribu indígena, armada de arcos y flechas, el pelo largo, al viento, se ha transformado en motivo de repetidas y sucesivas reelaboraciones míticas. A la vista del grupo belicoso, le ha venido, seguramente al conquistador, la visión de otro cuadro: el que le fue enseñado por la Antigüedad clásica, a las orillas del Termodonte, en tierras de la Capadocia. Como respuesta a la súbita e inesperada revelación de la fantasía, el valiente español ha atribuido sangre y origen tupis a las fabulosas guerreras que los griegos llamaban Pentesilea, Antíope, Valestris, Tomiris...

Alexandre Humboldt (3), siglos más tarde, había de injertar en su obra ese episodio de la tradición de la Conquista. Lo tomó, probablemente, de La Condamine (1745). Y afirma, dando crédito a la ficción, que también él las encontró en el Solimões, entre el Tefé y la embocadura del Purus. También Raleigh, en el siglo XVI, ha insistido en la divulgación de la leyenda. Las amazonas vivían, según su relación, al sur del Maranhão, en la provincia de Tapajós. Testigos dignos de fe le habían asegurado de sus inmensas riquezas: vajillas, adornos y objetos de oro, adquiridos gracias a las milagrosas piedras verdes, *muiraquitãs,* conocidas por sus virtudes curativas. Lo curioso es que La Condamine, cien años después, haya descubierto, en poder de los indios, gran número de esas piedras, heredadas, conforme le han declarado, de sus antepasados, amigos o amantes de las mujeres sin marido que sólo obedecían a una principal: la *condori* o *conhori* (4).

El mito de las amazonas se ha difundido en innúmeras crónicas de viaje. El río, de inicio llamado Orellana, acabó por denominarse río de las Amazonas, prueba evidente y efectiva de la importancia ex-

---

mara: *Historia general de las Indias,* Madrid, 1877 (la primera edición es también del siglo XVI); Garcilaso de la Vega, el Inca: *La Florida,* Madrid, 1723 (la primera edición es de 1605); Antonio Herrera: *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del Mar Océano,* Madrid, 1601; Simao Estácio da Silveira: *Relaçao sumária das coisas do Maranhao,* Lisboa, 1624; Cristóbal de Acuña: *Nuevo descubrimiento del gran Río de las Amazonas,* Madrid, 1641 (consúltese, en portugués, el volumen núm. 203 de la *Brasiliana,* serie 2.ª, traducción y notas de C. de Melo Leitao; Gaspar de Carvajal, Alonso de Rojas y Cristóbal de Acuña: *Descobrimentos do Rio das Amazonas,* Sao Paulo, Companhia Editora Nacional, 1941); Charles Marie de la Condamine: *Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique Méridionale...,* París, 1745 (consúltese, en portugués, la traducción de Arístides Avila: *Relato abreviado de uma viagem pelo interior das América Meridional,* Sao Paulo, Ediçoes Cultura, série Brasílica, 1944); G. F. de Oviedo: *Historia general y natural de las Indias,* Madrid, 1855, IV; José Toribio de Medina: *Descubrimiento del Río de las Amazonas,* Sevilla, 1894; André Thévet: *Singularidades de França Antártica, a que outros chamam de América,* trad., Sao Paulo, Companhia Editora Nacional, Brasiliana, 1944, série 5.ª, vol. 229.

(3) *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente. Hecho en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 y 1804 por A. de Humboldt y A. Bonpland,* trad., en *Viajes por América del Sur,* traducción, Madrid, Aguilar, 1962, II.

(4) Charles Marie de la Condamine, trad. cit., pp. 66-69.

traordinaria de la fábula antigua. El mismo Humboldt, cientista austero y grave, no quiso desmentir la tradición y huyó, muy sutilmente, a la refutación de la leyenda: prefirió explicar que no estaba exenta de fundamento la relación de los primeros conquistadores.

El valle amazónico, exótica región de sombras, árboles y lianas, despoblado ya de sus habitantes guerreras, ha continuado abrigando, por largo tiempo, algunos de los mitos más caros de la humanidad. Destaca, entre muchos, el de *El Dorado*. Las referencias a las riquezas del reinado del Paititi aparecen a partir de 1549, a la llegada de trescientos indios del Brasil a Chapapoia. Alfred Métraux, en las *Migraciones históricas de los tupis-guaraníes* (1907), observa que todas las expediciones al estero del Amazonas tenían un interés: el descubrimiento de la tierra maravillosa cuya abundancia de piedras y metales preciosos había sido largamente propalada por los indios inmigrantes. El dilatado eco de esas leyendas, asociadas, en su mayoría, a la tradición del *Dorado* —príncipe del reino amazónico que, en el día de su consagración, cubierto de polvo de oro, se bañaba en un inmenso lago, al cual sus súbditos lanzaban pesada carga de joyas de valor— inspiró enredos fantasiosos, inflamó la ambición de los conquistadores.

Don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, se ha rendido también a la tentación de descubrir *El Dorado*. Animado por el sueño de la conquista inestimable, ha autorizado don Pedro de Ursúa a armar soldados y caballeros, a convocar indios y formar tropas con el fin de tomar posesión del país de la abundancia. El infeliz conquistador, héroe de muchas batallas, triunfador en peleas innumerables, responsable por la victoria de las armas españolas contra los rebeldes revolucionarios del Panamá, sucumbió a la mitad de su itinerario, víctima de la envidia y de la traición de uno de sus capitanes, Fernando de Guzmán, que se hizo nombrar Primer Príncipe del Perú. Se ha frustrado, por tanto, en sangre y desgracia, el sueño del marqués. Al fin de la inútil expedición no se ha cerrado, sin embargo, ese capítulo de la Conquista. Lope de Aguirre asume el poder y pasa a llamarse «Fuerte caudillo de los Marañones». Su itinerario, desde el río Negro al Orinoco, para llegar al mar, alcanza las dimensiones de la más absurda alucinación mental. En furia desatinada, Aguirre blasfema contra Dios, su «más grande» enemigo, desafía a Felipe II. A los que lo acompañan impone, a hierro y sangre, tiranía hedionda. Perseguido por la justicia, y dudoso de la clemencia de la ley, mata a su propia hija para salvarla de la prisión.

Werner Herzog, joven cineasta alemán, ha reelabordo la historia del caudillo de los Marañones en su película *Aguirre, o la cólera de*

Dios. La fiebre del oro, origen de la locura del conquistador, ofreció a Herzog excelente materia para el enfoque del mito de *El Dorado*, como también le permitió figurar en el escenario insólito del infierno verde las pesadillas alucinantes del traidor cuya divisa *el mundo es poco* justificaba desmandos y arbitrariedades.

A muchos, muchísimos más, la selva ha embargado el camino, enmarañado la vida en los senderos sin salida de sus alagadizos sombríos. A nadie le ha desvelado jamás el secreto de su príncipe encantado, espléndidamente dorado en el medio del prodigioso lugar ecuatorial. Para los temerarios, como compensación a los cansancios, enfermedades y fiebres, preservaba premio mayor: su flora magnífica, de raras y desconocidas emociones. Ejemplo de este inesperado deslumbramiento, don superior a la contemplación del mítico *Dorado*, lo divulga D'Orbigny (1828) al describir la reacción de un misionero español, compañero de viaje del naturalista Haenke: frente a un nenúfar del Amazonas, extasiado, el fraile cayó de rodillas. Estaba delante de «la más admirable creación de la Divina Providencia».

El *guaraná*, o *uaraná*, de uso remoto en la *Hiloea*, sólo vino a ser conocido en el siglo XVIII, al inicio del comercio de los blancos con las tribus indígenas del Bajo Amazonas. Su acción estimulante, aliada a sus calidades terapéuticas, lo popularizó en toda la extensión del gran río. Las palmas, y especialmente el *miriti*, *muriti* o *buriti*, conocida como «árbol de la vida», o «sagú de América», conforme Humboldt, es uno entre miles de regalos con que la flora ha brindado al conquistador para compensación de la pérdida del Paititi. «Verla desde lejos al *miriti*, en la aridez de las grandes llanuras, es tener, según Gastão Cruls, la certidumbre de buena agua, de naciente propicia, de ojo de agua para matar la sed» (5). Couto de Magalhães le atribuye otro mérito: el de servir de medio de comunicación entre las tribus. En su *Viagem ao Araguaia* cuenta que los indios envuelven el *buriti* con fajas superpuestas de yerba verde, un palmo de por medio entre cada faja. Después de bajar del alto tronco, ponen fuego a la última faja. Entonces, sucesivamente, entran en incandescencia todas las demás. La palmera, farol luminoso, lleva al largo valle el mensaje de luz y humo escrito en el cielo con espesa y cambiante espiral.

Las orquídeas, con más de doscientos géneros definidos, abren, exaltadamente, el capítulo de los prodigios de la naturaleza amazónica. Ellas sí logran, con su exuberancia, superar al jamás olvidado tesoro de la mítica Manoa.

(5) Gastao Cruls: *Hiléia amazônica*, 2.ª ed., Sao Paulo, Companhia Editora Nacional Brasiliana, 1955, série 5.ª, vol. 6, p. 53.

La pobreza de la fauna local, que, al comienzo, ha decepcionado al conquistador, ávido de sorpresas, no tardó a sugerir al viajero y al cronista, con el objeto de superar carencias, la creación de una zoología fantástica. Los primeros cartógrafos han pintado leones, rinocerontes, tigres y jabalíes feroces en los *igarapés* de la *selva selvaggia,* que todavía asusta y alarma al hombre civilizado. Como si eso no bastara, han poblado la floresta de animales fabulosos y de seres formidables: pigmeos, gigantes, indios que andaban al revés, mujeres que copulaban con monos.

Además de esas leyendas, de neta procedencia europea, divulgadas por plumas ilustres, otras muchas circularon, y todavía circulan, de invención indígena, autóctonas principalmente, como la de Lara, sirena seductora de las aguas dulces; la del Curupira, el diabólico espíritu que hace perder el camino; la del Anhangá, venado de ojos de fuego que enloquece a los cazadores temerarios; la de Canaima, Macunaíma o Macunaima, dios frenético, principio del Mal y causa de todos los males, siempre en lucha con Cajuña, el bueno; la de la indiecita Mapiripana; la del Boiúna, de la Cobra Grande, del Boto, de la Cunhã, del Panema, etc.

El río, con su enorme caudal, es testigo perenne del amor imposible de la luna y del sol. Las lágrimas de la luna, madre de los vegetales en la mitología amazónica, han bajado de los peñascos de la cordillera de Santa Ana, en el distrito de Huanuco, y se han alargado hacia el valle verde para ahogar su desesperación en las aguas saladas del Atlántico. Esa, sin duda, es una de las más bellas ficciones indígenas. Los forasteros se han encargado de divulgar por el mundo su versión sobre el río-mar y sobre su extenso territorio. Infierno de muchos, paraíso de pocos, tierra inmadura, universo misterioso y exótico, refugio de los desvíos de la imaginación, la Amazonia atravesó el siglo XIX y llegó al siglo XX, no obstante la abundante bibliografía, casi totalmente ignorada. Sin embargo —cumple repetir con Araújo Lima—, la Amazonia «no es tierra misteriosa ni paradojal: es, simplemente, una tierra lastimosamente fraudada y saqueada» (6).

Alceu de Amoroso Lima la considera, muy lúcidamente, «tierra desierta, tierra a ser poblada. Se la figuran agresiva e indomable. No hay —añade— una agresividad específica y característica de esta tierra; el hombre se torna más vulnerable por su insuficiencia numérica. No está en cuestión la calidad de la tierra, sino la cantidad de gente» (7).

---

(6) Araújo Lima: *Amazônia - a terra e o homem*, 3.ª ed., Sao Paulo, Companhia Editora Nacional, 1945, p. 83.

(7) Prefacio al libro de Araújo Lima, cit., p. 8.

Nada justifica, en realidad, el título que le han otorgado de «tierra inmadura» (8). Más justo sería, comenta Paul de Cointe, llamarla «tierra de leyendas», o mejor, como escribió Frederic Harrt, «tierra incógnita», calificativo que dentro de muy breve rato ya no le será, por cierto, aplicado (9).

Resta saber: ¿la familiaridad del hombre civilizado con la floresta, con sus indios, con sus ríos y con sus misterios indescifrables, cambiará su visión de la Amazonia? ¿El *saber de experiências feito,* de que habla Camões, inspirará, finalmente, la novela de la selva, escrita por un brasileño? ¿Por cuánto tiempo el «infierno verde», al cual se refiere despectivamente Alfredo Rangel, seguirá ocultándonos sus secretos, a los cuales sólo tienen acceso los indios taciturnos, el *caboclo* fatalista y los blancos aventureros? ¿Hasta cuándo endosaremos, sin esperanza de contestación, el juicio de Eduardo Frieiro, para quien «no surgió todavía el novelista brasileño que animase, que humanizase aquel paisaje grandioso con la presencia del hombre en su lucha angustiosa contra la brutalidad de las fuerzas elementales?» (10). «¿La floresta de este país de florestas seguirá, como reclamaba Monteiro Lobato, sin su pintor y sin su intérprete?» (11).

La novela de los *seringueiros humildes,* la dolorosa odisea de los *orabos* miserables, perdidos en la verde monotonía de la variedad infinita de árboles y trepaderas, la escribió, en portugués, un lusíada, Ferreira de Castro; en castellano, el colombiano José Eustasio Rivera y el venezolano Rómulo Gallegos; en inglés, el argentino de adopción Guillermo Enrique Hudson; en alemán, A. Döblin y Arnold Höllriegel. Sólo nos referimos, obviamente, a las grandes novelas de la selva, en las cuales la naturaleza, opresiva y tentacular, asoma como personaje central, domina la narrativa y se impone tanto al autor como a sus protagonistas.

A pesar de las diferencias de estilo y de época, a pesar de las peculiaridades de intereses de forma y de contenido, cabe señalar, en las obras mencionadas, una coincidencia: la fascinación de la tierra inculta y áspera que mágicamente subyuga a cuantos a ella se acercan. En las obras de Augusto Roa Bastos *Hijo de hombre* (1960), y Mario Vargas Llosa *La casa verde* (1964) la selva presta escenario, escenario apenas, a las angustias y penas de los personajes. La naturaleza, realmente, circunstancia habitada, no les impide el libre

---

(8) Cf. Alfredo Ladislau: *Terra imatura.*

(9) Paul le Cointe: *O Estado do Pará: a terra, a água e o ar. A fauna e a flora. Minerais,* Sao Paulo, Companhia Editora Nacional Brasiliana, 1945, série 5.ª, vol. 5, p. 13.

(10) Eduardo Frieiro: *A Ilusao literária.* Belo Horizonte, Livraria Editora Paulo Bluhm, 1941, página 131.

(11) Monteiro Lobato: *A barca de Gleyre* (correspondencia entre Monteiro Lobato e Godofredo Rangel), 12.ª ed., Sao Paulo, Editora Brasiliense, 1968, tomo I, pp. 279-280.

ejercicio de la voluntad, ni de la inteligencia ni de la emoción. Nos dispensamos, por eso, de su inclusión entre los autores citados.

Para los críticos literarios esas historias deben estudiarse en capítulo especial, consagrado al regionalismo y a los temas de aventuras. Así, desde luego, *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera; *Das Urwaldschiff, ein Buch von Amazonerstrom* (1929), de Arnold Höllriegel; *A selva* (1930), de Ferreira de Castro; *Canaima* (1935), de Rómulo Gallegos; *Das Land ohne Tod* (1937), de A. Döblin. En todas esas novelas la ficción se mezcla a las ciencias naturales, a la historia y a la cartografía, a la epopeya y al mito, a la sociología, al costumbrismo, al indianismo y al indigenismo. Entre sus autores, que se recuerde, sólo Hudson y Döblin (tal vez por profesar una forma de utopismo al modo de Rousseau) han visto en la selva el paraíso perdido, la soñada Edad de Oro de la felicidad y de la paz, el *beatus ille* de la Antigüdad clásica.

Naturalista sensible, adepto del campo y de la libertad, *Green Mansions* (12) sirvió al escritor inglés de protesta contra la civilización corrupta que encuentra en la ciudad su mejor expresión. Döblin, informado por serias investigaciones en la Biblioteca Nacional de París —de 1934 a 1937—, presenta una visión exuberante de la naturaleza americana. Al abrigo del mito aborigen de la existencia de un país edénico, situado en la dirección del sol poniente, imagina la tierra sin muerte, *Das Land ohne Tod,* donde crece el árbol de la vida y de donde se han eliminado, para siempre, el trabajo, el sufrimiento y la maldad. Arnold Höllriegel se vale de la expedición del conquistador Orellana para recorrer todo el valle amazónico. Recupera en su novela, para el expresionismo alemán, el escenario exótico, la historia y la mitología de la tierra de las amazonas.

Bien distinta de la de esos libros es la visión de Rivera, de Ferreira de Castro y de Gallegos. Su compromiso es con la selva —*la selva oscura*— y con la vida de sus habitantes, transitorios o permanentes.

Ferreira de Castro, que frecuentó la floresta, adolescente aún, como inmigrante, explica: *Alí, tudo perdia as proporções normais. O'hos que enfiassem pela primeira vez no vasto panorama, recuavam logo sob a sensação pesada do absoluto, que dir-se-ia haver presidido à formação daquele mundo* (13). Rómulo Gallegos, en *Canaima,* habla del curso de los grandes ríos de Guyna y del laberinto fluvial que invade el bosque intrincado en cuyos *igarapés* sólo se aventuran los

(12) *Mansiones verdes,* en la traducción española. Fue transformado en película, en versión americana y con música de Villa-Lobos, el compositor brasileño.

(13) Ferreira de Castro: *A selva, in Obra completa,* Río de Janeiro, Editora José Aguilar, 1958, vol. I, cap. IV, p. 125.

rumberos o *baqueanos.* El «racional», inhábil y despreparado, difícilmente logra sobrevivir al asalto de las fuerzas naturales, frente a las cuales se evidencia su debilidad. Lo atraen, fatalmente, los abismos del pánico. La emoción del miedo, frente a miles de pupilas asombradas que lo contemplan dentro de la noche eterna, hecha de hojas y ramajes y copas espesas, acaba por desesperarlo. Y es el miedo que le desmoraliza la voluntad, le confunde la razón y, por fin, lo enloquece. El protagonista de *Canaima,* Marcos Vargas, sólo llega a vencer los maleficios de la selva gracias a una tormentosa iniciación a ese mundo abismal. Pero todo aquel que transpone sus límites empieza a ser, nos asegura Gallegos, «algo más algo menos que hombre» (14). Realmente, José Eustasio Rivera, que conoció *de visu* la Amazonia, que ha logrado atravesar los frágiles límites de la razón en el delirio de la fiebre intermitente, proyectó, en sus criaturas, la experiencia inolvidable. Los tipos descritos en *La vorágine* (15) son, lo sentimos, «algo más algo menos que hombres»: son seres más allá del bien y del mal.

Uno de sus personajes más admirables, Clemente Silva (su nombre, Clemente, lo identifica como aquel que pide clemencia y su apellido, Silva, lo sitúa en su circunstancia, la selva), declara: «Yo he sido cauchero, ¡yo soy cauchero! Viví entre fangosos rebalses, en la soledad de las montañas, con mi cuadrilla de hombres palúdicos, picando la corteza de unos árboles que tienen sangre blanca, como los dioses.

A mil leguas del hogar donde nací maldije los recuerdos porque todos son tristes: ¡el de los padres, que envejecieron en la pobreza esperando apoyo del hijo ausente; el de las hermanas, de belleza

---

(14) Rómulo Gallegos: *Canaima,* 6.ª ed., Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, S. A., Colección Austral, 1951, cap. XII, p. 162.

(15) *La vorágine,* de José Eustasio Rivera (Neiva, Colombia, 1888-1928, Nova-Iorque), publicóse en Bogotá en 1924, poco después de la divulgación de dos artículos del autor sobre las miserables condiciones de vida de los caucheros colombianos en la selva amazónica (cf. «La concesión Arana y los asuntos con Venezuela», en *El Espectador,* 26-V-1924, y falsos postulados nacionales», en *El Nuevo Tiempo,* 28-VIII-1924). En 1922, como secretario de una de las comisiones de demarcación de fronteras entre Colombia y Venezuela, José Eustasio Rivera había visitado toda la región bañada por el Orinoco hasta Ciudad Bolívar y atravesado los llanos hasta San Fernando de Atabapo. Atacado por el paludismo, permaneció algún tiempo en Yavita, de donde pasó a Maroa y Victorino. Bajó en seguida al valle de los ríos Negro y Casiquiare. Concluyó su misión en el Brasil, en Manaos. A la vista de las atrocidades cometidas por la Casa Arana, el escritor, indignado, presentó una denuncia contundente al gobierno de su país. Los autos, extensamente documentados, tornaron públicas las actividades ilegales del comercio del caucho y la explotación inhumana de la mano de obra. Gracias a la defensa eficaz de los intereses nacionales, Rivera fue nombrado, en 1925, miembro de la Comisión Investigadora encargada de estudiar los crímenes practicados contra la economía colombiana. En los Estados Unidos, en el desempeño de sus funciones, falleció a consecuencia de una hemorragia cerebral causada por la malaria contraída durante su permanencia en la selva. Dos obras le aseguran la posteridad literaria: *Tierra de promisión* (versos), de 1921, y *La vorágine.*

núbil, que sonríen a las decepciones, sin que la fortuna mude el ceño, sin que el hermano les lleve el oro restaurador!

A menudo, al clavar la hachuela en el tronco vivo sentí deseo de descargarla contra mi propia mano, que tocó las monedas sin atraparlas; [...] Y sin pensar que tantas gentes en esta selva están soportando igual dolor!

... ...

El que logró entrever la vida feliz no ha tenido con qué comprarla [...]; el que intentó elevarse, cayó vencido, ante los magnates indiferentes, tan impasibles como estos árboles que nos miran languidecer de fiebres y de hambre entre sanguijuelas y hormigas!» (16).

Se instaura en la novela de Rivera el proceso de la selva. No leemos, a la entrada de la floresta áspera y fuerte, las «palabras oscuras» del poema de Dante, *Lasciate ogni speranza voi ch'entrate!* El vértigo del abismo, la ambición del lucro, el llamado de lo desconocido cogen al incauto viajero, atento apenas a sus intereses mediocres. A poco y poco lo envuelve la naturaleza inexorable. Inútil se hace, a mengua de cualquier recurso, toda tentativa de libertación.

«¡Déjame huir, oh selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad! ¡Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas!», gime el pobre condenado. «¡Déjame tornar a la tierra de donde vine, para desandar esa ruta de lágrimas y sangre, que recorrí en nefando día!» (17), suplica sin respuesta. Además de la esclavitud al trabajo o a sus empresarios —señores de todo y de todos— hay la esclavitud a la selva, tiránica, implacable, devoradora. A la vorágine de la selva nadie escapa.

Una confesión abre la novela de Rivera: «Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia» (18). Frente al reto del destino, el autor ofrece al protagonista, *nel mezzo del cammin,* la evasiva de la violencia de la selva. Bajo el signo del juego —azar, sino— se cumple el tránsito de Arturo Cova y Alicia, su amante. La trama obedece, como en los libros viajes, a las solicitaciones de la emergencia. Durante la travesía, cada paso supone pérdida de derechos, sumisión, alienación a la floresta y a sus demiurgos. El «racional» —título con que se nombra al civilizado, blanco en general—, destituido de su condición humana, herido y disminuido, recupera, insensiblemente, sin darse por eso,

(16) *La vorágine,* 6.ª ed., Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1952, p. 169.
(17) *Id., ibidem,* p. 96.
(18) *Id., ibidem,* p. 11.

modales, necesidades y carencias animales. Menos que hombre, no razona; siente y responde con sus instintos. Cova, como los demás personajes, se desvincula de las virtudes urbanas y acaba por adoptar comportamiento selvático.

Al despedirse de la cordillera, a la entrada de los llanos, los protagonistas, Arturo y Alicia, encuentran, a su espera, al viejo don Rafael (su misión recuerda la del Arcángel, encargado por Dios de conducir a Tobías al país de los medos), que les sirve de guía hasta la hacienda *La Maporita*, donde, al oír el llamado de la selva, se rinden al destino nefasto. Abandonado por la amante, la primera a sentir la tentación de lo desconocido, Cova se deja arrastrar por el *fatum* irrevocable. Con algunos amigos se pone a camino. Repiten todos en su obstinación a los soldados de la Conquista, «sin otro delito que el de ser rebeldes, sin otra mengua que la de ser infortunados» (19). En un barco que imita, en el color y en la forma, lúgubre ataúd, siguen, agua abajo, «un camino oscuro», «mudo como el presagio» y que daba la impresión «que se moviera hacia el vórtice de la nada». No será difícil adivinar en ese río «sin ondulaciones, sin espumas», tétrico y lento, el Leteo sombrío. Para atrás, los recuerdos, los contornos nítidos, la luz. El mismo autor nos presenta, a través de su personaje, la progresiva pérdida de la memoria, al disiparse, en el crepúsculo, «los perfiles del bosque estático, la línea del agua inmóvil, las siluetas de los remeros...» (20).

Instalada en el enredo, la vorágine toma residencia en la vida de Arturo y en la de cuantos viven a su lado. Lo excita el deseo de venganza. Y logra transmitirlo a sus compañeros. Barrera, el seductor de Alicia, a quien busca en desespero, aparece, verdaderamente, como barrera, obstáculo a destruir: «¡Yo era la muerte y estaba en marcha!», exclama en ímpetu de odio.

La selva, vigilante, vela. Atalaya despierta, siempre, no pierde ninguno de sus movimientos. Asiste, impasible, fría, a la inevitable y fatal ruina de Cova. Consciente de su desgracia, con el grave presagio de su trágico destino, no le resta sino resignarse. Tienta, sin embargo, no exponer sus amigos a la misma suerte: «Amigos míos, advierte, faltaría a mi conciencia y a mi lealtad si no declarara en este momento, como anoche, que sois libres de seguir vuestra propia estrella, sin que mi suerte os detenga el paso. Más que en mi vida, pensad en la vuestra. Dejadme solo, que mi destino desarrollará su trayectoria. Aún es tiempo de regresar donde queráis. El que siga mi ruta, va con la muerte» (21).

(19) *Id., Ibídem*, p. 97.
(20) *Id., ibídem*, p. 98.
(21) *Id., ibídem*, p. 130

Heli Mesa (tanto el nombre como el apellido, de origen hebraico, se prestan a la identificación del personaje: Heli, «el altísimo»; Mesa, «salvación»), buen amigo, responde «por todos»: «Los cuatro formaremos un solo hombre. No hemos nacido para reliquias. ¡A lo hecho, pecho!» (22).

Un abrazo largo, coercitivo, los une. Los une la selva. Definitivamente. En su turbión voraz consume cuantos se acercan de los cuatro. El primero, Clemente Silva, rumbero de profesión, trae al grupo su experiencia de cauchero. Cova, «amigo de los débiles y de los tristes», ve en él su Virgilio, el segundo, apto a suceder a don Rafael, el guía que los condujo a *La Maporita.*

Las piernas cubiertas de úlceras, llenas de gusanos, el miserable cauchero narra su vida: dieciséis años de destierro de la civilización. Víctima de la selva y de sus explotadores, Silva lleva en las espaldas el estigma de su condición: en su piel martirizada se escribe, como sobre la corteza del árbol del caucho, la historia de la Amazonia, historia ingrata, de profundas y feas cicatrices. La desconocen, sin embargo, o tratan de desconocerla, los ricos y poderosos *seringalistas,* propietarios y patrones. Y para encubrir su violencia, llegan a invocar el «mal del árbol» como diagnóstico de las marcas denunciadoras de los latigazos y demás castigos impuestos a los caucheros.

El estigma del martirio, pena infamante grabada en la carne, no es el único privilegio de Clemente Silva. El viejo cauchero posee riqueza inestimable, «un tesoro que vale un mundo»: «un cajoncito lleno de huesos», los huesos de su hijo, Luciano (su luz), víctima, también él, de la selva despótica. La pungente relación de su viaje a la procura de Lucianito alcanza su culminación en el grito doloroso —«¡Yo he sido cauchero! ¡Yo soy cauchero!»—, una de las páginas de mayor intensidad dramática de la literatura de los ofendidos.

A todas las frustraciones del vivir cotidiano, a la humillación moral y a todos los padecimientos físicos se añade, para tormento del cauchero, la conciencia amarga de haber sido «el héroe de lo mediocre». Al fin y al cabo su existencia se le figura como una pasión inútil. Obediente a las urgencias del instinto, ajeno a la dignidad de que disfrutan los hombres libres, la cárcel de la selva es su morada. Y el cauchero roba, miente y mata para enriquecer al patrón, su verdugo. El y el árbol, sumisos, se inmolan en combate, hasta la muerte. ¿Héroe? ¿Mártir? ¿Apóstol? ¿Suicida? La verdad es que el cauchero vive y muere al abrigo de la mezquindad, suspirando, siempre, por batallas, cataclismos, hecatombes... Transfiere a la naturaleza, a los elementos en furia, a las fuerzas cósmicas, la venganza que a él le

(22) *Id., ibídem,* p. 130

cabría tomar contra el poder opresor. Envenenado por el resentimiento, espera que la justicia se haga por sí misma, por obra y gracia de una divinidad indefinida, o que su mano, habituada a sacrificar los árboles sin defensa, se vuelva un día contra los hombres en gesto exacto de punición. Sólo le resta, por tanto, pobre alma de deseos que es, expresar, como desahogo, su más grande aspiración: «¡Si Satán dirigiera esta rebelión...!» (23).

A cuantos imaginan como cornucopia milagrosa a la floresta tropical, pródiga y lujuriante de bellezas y dones, José Eustasio Rivera ofrece su visión trágica, impiadosa, cruel: árboles frondosos, prisioneros de trepadoras y parásitas que en curvas elásticas guardan en su red frutos, flores, insectos, reptiles, humedad y visco como verdadera alforja de podredumbre. El matapalo, asido a los troncos vigorosos, los retuerce, los ahoga para, finalmente, destruirlos. Las terribles tambochas, hormigas voraces, todo lo devoran a su paso: plantas, animales, hombres. Como en temblor continuo, agitan el suelo: por debajo de troncos y raíces avanzan en tumulto. Los árboles se cubren «de una mancha negra, como cáscara movediza [que asciende] implacablemente a afligir a las ramas, a saquear los nidos, a colarse en los agujeros. Alguna comadreja desorbitada, algún lagarto moroso, alguna rata recién parida [son] ansiadas presas de [ese] ejército, que las [descarna], entre chillidos, con una presteza de ácidos disolventes» (24).

El hálito de la muerte, el marasmo de la creación, el polen que vuela, el germen que brota, todo se confunde en la duración efímera de la vida orgánica que rige la selva. Si algún poeta sueña todavía «con mariposas que parecen flores traslúcidas», con «pájaros mágicos» y «arroyo cantor», bien pronto lo despertará la realidad cruel: «¡Nada de ruiseñores enamorados, nada de jardín versallesco, nada de panoramas sentimentales! Aquí, los responsos de sapos hidrópicos, las malezas de cerros misántropos, los rebalses de caños podridos. Aquí, la parásita afrodisíaca que llena el suelo de abejas muertas; la diversidad de flores inmundas que se contraen con sexuales palpitaciones y su olor pegajoso emborracha como droga; la liana maligna cuya pelusa enceguece los animales; la pringamosa que inflama la piel, la pepa del curujú que parece irisado globo y sólo contiene ceniza cáustica, la uva purgante, el carozo amargo.»

«Aquí, de noche, voces desconocidas, luces fantasmagóricas, silencios fúnebres. Es la muerte, que pasa dando la vida. Oyese el golpe de la fruta, que al abatirse hace la promesa de su semilla; [...]» (25).

(23) *Id., ibídem,* pp. 169-171.
(24) *Id., ibídem,* p. 189.
(25) *Id., ibídem,* p. 176.

En ese mundo donde se decide a cada momento la sobrevivencia, donde el ciclo de la vida se prende a la muerte en una sucesión, imperceptible casi, de mutaciones, de cambios y dependencias, ¿qué lugar se destina al civilizado forastero intruso y usurpador? «Paladino de la destrucción», se interna en la floresta con el fin de dar sentido a su existencia estéril. Lo debilitan los delirios de la fiebre, el clima húmedo, la falta del sol, la alimentación deficiente, el trabajo excesivo, la lucha contra la naturaleza opresiva. Sufre «atroces necesidades, anhelando goces y abundancia, al rigor de las intemperies», famélico y hasta desnudo. Logran algunos, después de larga vida de tribulaciones, cierta independencia económica: llegan a empresarios. Frente a la selva enemiga, sin saber a quién dar guerra, se arremeten unos contra otros, esclavizan, torturan, subyugan. A falta de mejor empleo para la agresividad reprimida, se destruyen, se matan en los intervalos de lucha contra las fieras y contra el bosque. La cultura, la inteligencia, el refinamiento del espíritu, poco, muy poco, instruyen. El único saber de redención válido en el infierno verde es aquel que subleva al hombre contra su destino, es decir, contra la circunstancia. La energía inerte, el tedio, la búsqueda de *El Dorado*, el atavismo del abuelo conquistador muchas veces explican la fuga a todas las comodidades de la civilización. Sin embargo, nada de eso asegura refugio tranquilo ni éxito brillante a los que se aventuran en la selva sin otra luz que la de su propia conciencia. Para certificarnos de la falencia, en el medio selvático, del hombre de talento superior, Rivera preséntanos a Ramiro Estévanez (Ramiro, ¿el guerrero? Es posible), *super ego* de Arturo Cova, en los tiempos de escuela.

En Ramiro se dan cita las grandes virtudes humanas: la magnanimidad, la templanza, el optimismo (digna corona de Esteban, «el coronado»). Amante de todo lo que en la vida es noble, «el hogar, la patria, la fe, el trabajo», reservaba para sí los serenos goces espirituales «[...] conquistando de la pobreza el lujo real de ser generoso» (26). Oprimido, casi ciego, inútil, lo encuentra Cova en un tambo del Guaracú. No lo atormenta la ceguera: resignado, acepta el destino. Escéptico, la toma como castigo, castigo a los ojos enfermos de ver la injusticia impune, de asistir al crimen y a la maldad. Espectador de grandes tragedias, conocía *de visu* la pavorosa crónica de las caucherías, había padecido la humillación bajo las órdenes de capataces vanidosos cuyo mérito se exalta en la fuerza y en la eficacia punitiva del azote. Ramiro Estévanez se alía al ex condiscípulo para emprender, en su compañía, la fuga temeraria para Yanaguarí.

Decidido a partir, Cova presiente el breve término de su itinera-

(26) *Id., Ibídem*, p. 206.

rio: la amenaza de la vorágine ya se hace oír. Y es la venganza contra Barrera la que precipita los sucesos. Después de la «lucha tremenda, muda; titánica», Arturo sumerge al rival en el agua, impidiéndole respirar. Atraídos por la sangre, surgen millones de caribes. A pesar de mover las manos en gesto de defensa, «lo descarnaron en un segundo, arrancando la pulpa a cada mordisco, con la celeridad de pollada hambienta que le quita granos a una mazorca. Burbujeaba la onda en hervor dantesco, sanguinosa, túrbida, trágica y, cual se ve sobre negativo la armazón del cuerpo radiografiado, fue emergiendo en la móvil lámina el esqueleto mondo, blancuzco, semihundido por un extremo al peso del cráneo y temblaba contra los juncos de la ribera como en un estertor de misericordia!» (27).

Alicia, lívida y débil, no puede soportar el espectáculo. Allí mismo le nace el hijo, prematuro. En la miseria y en el desamparo de la curiara, «su primer queja, su primer grito, su primer llanto, fueron para las selvas inhumanas». En aliento de optimismo, el pensamiento en el futuro del hijo, Cova olvida el pasado. Y afirma entonces confiante: «¡Vivirá! ¡Me lo llevaré en una canoa por estos ríos en pos de mi tierra, lejos del dolor y la esclavitud [...]» (28).

Iluminados por la esperanza, Arturo, Alicia y el niño, acompañados de los amigos fieles, permanecen algún tiempo en Yanaguarí a la espera de Clemente Silva, que había prometido volver con el socorro necesario. Pero la presencia de apestados, que llegaban con sus *montarías,* los obligan a tomar la dirección del monte y buscar abrigo seguro en otra parte. Cova deja al viejo Silva su diario y un croquis de la ruta que pretendían seguir.

Como epílogo, nos comunica el autor un cable del cónsul de Colombia. Textualmente, dice el ministro: «Hace cinco meses búscalos en vano Clemente Silva. Ni rastro de ellos. ¡Los devoró la selva!»

Esa es, *à vol d'oiseau,* la intriga de *La vorágine.* Valiéndose del recurso cervantino del encuentro de un manuscrito, el diario del poeta Arturo Cova, devorado por la selva, cuenta Rivera su historia. Dos cartas sirven de prólogo a la novela: la primera, firmada por el protagonista y dirigida al cónsul de Colombia; la segunda, del autor, responsable por la publicación de los originales, al ministro de las Relaciones Exteriores, interesado en la divulgación de los escritos del infeliz cauchero.

Los críticos han descubierto en *La vorágine* rasgos evidentes de autobiografía. Se ha encargado el autor, ingenuamente tal vez, de confirmar la hipótesis: hizo reproducir en una de las primeras páginas

(27) *Id., ibidem,* p. 247.
(28) *Id., ibidem,* p. 248.

del libro su fotografía en la selva con el nombre de Arturo Cova. En su entrevista con Horacio Franco, en Cali, a la pregunta: «*¿La vorágine,* maestro, es, efectivamente, una realidad?» Consintió: «En su casi totalidad. He visto todas esas cosas. Los personajes que allí figuran son, todos, criaturas vivas y algunos de ellos con sus propios nombres» (29).

Hay, por consiguiente, dos niveles en la estructura narrativa: uno, real, vivido; otro, ficticio. En el nivel de la realidad se sitúa la protesta social, la defensa contundente de los caucheros colombianos, privados de cualquier protección oficial, vilmente explotados por los empresarios de las caucherías, por las casas *aviadoras* y por los enganchadores y capataces de las grandes compañías.

La organización de la novela obedece, *pari passu,* a las necesidades de organización del itinerario del héroe. Somos espectadores de una perspectiva en movimiento: la sucesión de cuadros corresponde al tránsito del protagonista tanto cuanto al desdoblamiento de los personajes de que resulta la elaboración de nuevos episodios. La materia narrativa depende, en consecuencia, de la tesitura episódica y responde también a la circunstancia de tiempo y lugar. El viaje —la larga travesía de la selva— se inspira en el deseo de venganza *(stimulus)* contra Barrera y en la procura de Alicia. Los obstáculos y dificultades que exigen del héroe coraje y valor favorecen el aprendizaje. Arturo aprende, madura, se hace adulto. Sus guías: don Rafael, sexagenario y amigo de su padre; Clemente Silva, anciano venerable que le recuerda el padre; los amigos, Fidel Franco, Heli Mesa, Ramiro Estévanes; los enemigos, Pipa, Millán, el Váquiro, Funes, el Cayeno, Barrera; las mujeres, Griselda, Clarita, Zoraida Ayram, asumen todos ellos la misión de enseñarle la vida. Es la novela de la educación, de la lección: el *Bildungsroman.*

Se identifican a maravilla Alicia y la selva. Vírgenes ambas; violadas, pero indomables. Joven e impulsivo, Arturo menospreciaba a su compañera. Al saberla encinta, le observa el comportamiento, la juzga de manera distinta. Pasa entonces a apreciarla. Al perderla, descubre que la amaba. La soledad lo desespera. Empieza, movido por los celos, la ansiosa procura. Así se desencadena el proceso novelístico: en fases que se suceden se desarrolla la historia, siguiendo el típico esquema de la búsqueda, *the quest,* estudiado por Northrop Frye.

Bajo el signo de la ausencia se transfigura la imagen de la amada. La memoria le depura los trazos, le conforma el carácter. La demanda imposible adquiere paulatinamente mayor importancia que el blanco

(29) *El Relator,* 23-VIII-1926.

del deseo. Alicia entonces se transforma en mero pretexto. Arturo, confundido, se pierde en alucinaciones. Dos sueños de transparencia freudiana nos ayudan a mejor comprender las intenciones del novelista.

En el primero, Alicia, sola, sale al encuentro de un hombre, Barrera, seguramente. Vigilante, la escopeta en balanza, Cova se prepara para la venganza. Pero cada vez que tenía que dirigirla contra el seductor, ella se convierte en sus manos en serpiente helada y rígida. Don Rafael, el viejo guía, en una seña con el sombrero, le dice: «¡Véngase! ¡Eso ya no tiene remedio!»

En seguida, sin transición, un nuevo cuadro: en un país extraño Griselda, mujer de Franco, vestida de oro, aparece en una peña, de donde fluye un hilo blancuzco de caucho. Por todas partes, gentes innumerables, echadas de bruces, que lo beben sin fartarse. Franco, sobre un promontorio de carabinas, amonesta: «¡Infelices, detrás de estas selvas está el más allá!» Y al pie de cada árbol había una calavera a la espera de mano cristiana que le diera sepultura. Cova las recogía para exportarlas por un río silencioso y oscuro. Alicia, nuevamente desgreñada y desnuda, huye por entre las malezas del bosque nocturno, iluminado por luciérnagas colosales. Una hachuela en la mano y al cinto un recipiente de metal, Arturo se detiene frente a un árbol parecido al caucho. Le hace varias incisiones y el árbol, herido, le pregunta: «¿Por qué me sangras? [...]. Yo soy tu Alicia y me he convertido en una parásita.»

No es difícil intuir que Eros y Thanatos conjuran sus fuerzas contra el hombre impotente. Los símbolos fálicos —la escopeta, las carabinas, la hachuela— no prestan socorro a Arturo. La lámina corta el tronco del árbol, pero, violado, el árbol se queja del acto criminal. La referencia al promontorio de carabinas sin uso sobre el cual está Franco, el fiel Fidel, evidencia la ineficacia del esfuerzo, el malogro de la virilidad. Detrás de la selva hay para todos «el más allá». El hilo blancuzco de caucho, se pierde sin matar la sed de los infelices, que se echan al suelo para beberlo. El látex precioso se confunde con el semen: es la vida en fuga, es la energía que falta a los impotentes para conquistar y poseer la selva virgen.

En el segundo sueño Cova se imagina muerto. En estado cataléptico lucha contra el cuerpo inmóvil e intenta esquivar los golpes dirigidos a su cabeza por una sombra vengadora. La selva rebelde procura torturarlo, martirizarlo.

Muerto, Arturo se libra del incómodo sentimiento de culpa. El árbol violado, indiferente a la revelación de que todavía vive, ordena a la sombra asesina, justiciera: «¡Picadlo, picadlo con vuestro hierro,

para que experimente lo que es el hacha en la carne viva. Picadlo aunque esté indefenso, pues él también destruyó los árboles y es justo que conozca nuestro martirio!»

Parece ocioso insistir en la estrecha relación entre los dos sueños. Suficientemente explícitos, nos autorizan ambos a comprender el sentimiento de culpa del héroe en la evidente dependencia freudiana del crimen al castigo.

Las figuras femeninas de la novela desempeñan papel de relieve en los tres momentos de crisis de la vida del protagonista. Alicia, presentada a la primera página, surge como pretexto para que se desencadene el *fatum.* La idea del juego —«jugué mi corazón al azar [...]»— del párrafo introductorio, le fue sugerida como solución para el caso amoroso. La amante, por quien había sacrificado la carrera brillantemente empezada, le parece carga insoportable, estorbo. ¿Su mayor deseo? Que alguien los capture para librarse del compromiso y recuperar la libertad perdida. El amor le arma, *malgré lui,* un ardid astuto: la indiferencia de la compañera lo mueve a la pasión. Comienza a idealizarla, se le atribuye encantos ignorados y se rinde, finalmente, a los sortilegios de su propia imaginación. En ocasión de su partida, en la compañía de Barrera, es ya la pasión que le insufla venganza. Y es también la pasión que lo reta a dar pruebas de virilidad a la selva virgen.

Sobre Arturo (¿paladino celta?, ¿caballero de muchas empresas?) la amada ofendida (Alicia, ¿tragada por el pozo?, ¿o por el abismo?) ejerce poder de aliciente.

Clarita surge en el momento de la decisión. El juego, anteriormente mencionado como azar, *fatum,* tórnase realidad, cosa factible. Se decide por los dados en la presencia de la prostituta ingenua, sincera (Clara, Clarita), la vida de Arturo.

Salvado por milagro de la muerte, el protagonista puede acompañar a Franco a *La Maporita.* Allí se transfiere al fuego de la misión mundificadora: «El traquido de los arbustos, el ululante coro de las sierpes y de las fieras, el tropel de los ganados pavóricos, el amargo olor a carnes quemadas, agasajáronme la soberbia y sentí deleite por todo lo que moría a la zaga de mi ilusión, por ese océano purpúreo que me arrojaba contra la selva aislándome del mundo que conocí por el incendio que extendía su ceniza sobre mis pasos.»

... ...

«¡En medio de las llamas empecé a reír como Satanás!» (30).

---

(30) *La vorágine,* cit., p. 93.

Así termina la primera parte. Se consume en el incendio el mundo civilizado y con él la memoria del tiempo feliz. Se abren entonces, feroces, las fauces de la selva devoradora, pronta a envolver en su vorágine a los que pretenden violarla.

En el escenario brutal donde la vida humana tiene menor precio que el látex y donde la muerte significa alivio y liberación, se levanta, poderosa, Zoraida Ayram (¿Zorra airada? Tal vez...), hembra bestial y calculadora. Firma su imperio de vicio y concupiscencia en la debilidad de los hombres. «Por los ríos más solitarios, por las correntadas más peligrosas, atrevía su batelón en busca de los caucheros para cambiarles por baratijas la goma robada, exponiéndose a las violencias de toda suerte, a la traición de sus propios bogas, al fusil de los salteadores, deseosa de acumular centavo a centavo la fortuna con que soñaba, ayudándose con su cuerpo cuando el buen éxito del negocio lo requería. Por hechizar los hombres selváticos, ataviábase con gran esmero y al desembarcar en los barracones, limpia, olorosa, confiaba la defensa de sus haberes a su prometedora sensualidad» (31).

El externamiento lúbrico, la astenia del vigor físico, postran a Arturo, ya debilitado por las fiebres. Agotado por la loba famélica, que trata de oxidar con erotismo sus últimas energías, siente como nunca «nostalgia de la mujer ideal y pura, cuyos brazos brinden serenidad para la inquietud, frescura para el ardor, olvido para los vicios y pasiones». Al lado de la turca sensual, sueña con Alicia, tímida y sin experiencia.

El reencuentro en Yanaguarí, al fin de la travesía, encierra el periplo trágico. Los recuerdos perdidos en el río oscuro, la memoria del pasado reducida a cenizas en *La Maporita,* sólo resta a Arturo Cova la incierta e improbable opción del futuro. Lo encarna su hijo, recién nacido. Futuro mezquino, ese, frágil y raquítico, abrigado en el cuerpo exánime de un sietemesino, limitado a la parca economía de víveres para seis días (en el séptimo se supone el reposo).

En nombre de Dios se concluye el diario de Cova. Pero, a ejemplo de la *Divina Comedia,* cabe a la voracidad satánica el epílogo del infierno verde:

«Los devoró la selva.»

MARIA JOSE DE QUEIROZ

Rua Juiz de Fora 979
30.000 Belo Horizonte
BRASIL

(31) *Id., ibidem,* p. 199.